



ENFOQUES METODOLÓGICOS EN CIENCIAS ECONÓMICAS. INDIVIDUALISMO, HOLISMO Y LA CONTROVERSIAS DEL MÉTODO

Bernasconi, Mariana Soledad
FCE-UNJu / UNIHR-CITeD-CONICET
maribernasconi@gmail.com

Echenique, Mónica Rosa
FCE-CESDE-UNJu
echenique.monica@gmail.com

Golovanevsky, Laura Andrea
FCE-UNJu / CESDE-CITeD-CONICET
laugolo@gmail.com

Romero, María Agustina
FCE-FHyCS-CESDE-UNJu
agusr Ricci61@gmail.com

Palabras Clave: enfoque metodológico, individualismo metodológico, holismo metodológico, *Methodenstreit*.

Resumen

Las ciencias económicas, en función de su pertenencia al campo de las ciencias sociales, nos invitan a problematizar algunos aspectos históricamente debatidos desde las epistemologías. El presente trabajo propone revisar conceptualmente las implicancias del *individualismo y el holismo metodológicos*, en cuanto enfoques alternativos para el conocimiento de lo social, para finalmente ahondar en un caso paradigmático de las ciencias económicas en el que se condensaron ambas posiciones: la conocida Controversia o Batalla del Método (*Methodenstreit*) entre Gustav von Schmoller, de la Escuela Histórica Alemana, y Carl Menger, de la Escuela Austríaca de economía, que tuvo lugar a fines del siglo XIX.

Popper (1973) anuncia un principio de *individualismo metodológico* para las ciencias sociales, asumiendo que la tarea de la ciencia social es analizar, en términos descriptivos, los “modelos sociológicos”, en función de las actitudes, expectativas y relaciones de los individuos. Esta perspectiva, que se remite a una forma de análisis económico-social, se solventa siempre en el comportamiento de los individuos, siendo estos los responsables y creadores de las instituciones sociales. Desde el otro extremo surgen las posiciones adherentes al *holismo metodológico* que sostienen que los macrofenómenos sociales no pueden ser explicados por la simple sumatoria de

observaciones individuales. Ocuparse de lo social significa adentrarse en las complejas tramas y redes de relaciones que se tejen en toda urdimbre social.

Resulta necesario atender el recorrido de las corrientes económicas en tales opciones, pues cabe preguntarse si el individualismo, dominante en la disciplina hace más de un siglo, no excluye proposiciones macro que no pueden ser reducidas a lo micro. Se presenta relevante visitar la *Methodenstreit* por haber acogido en su núcleo de disputa estas concepciones opuestas, las cuales se conjugaron con argumentos más amplios en cuanto al mejor método para el estudio de lo económico. Si bien en el largo plazo podremos reconocer que una de las dos posiciones prevaleció en términos académicos, repensar los argumentos de la controversia ayudará a echar luz sobre debates que aún encuentran plena vigencia.

Introducción

El presente trabajo tiene por finalidad poner en diálogo dos espacios curriculares de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Jujuy, a saber: Metodología de la Investigación (correspondiente al cuarto año de las tres carreras que se dictan actualmente) e Historia del Pensamiento Económico (asignatura del tercer año de la Licenciatura en Economía Política). Si bien espacios diferenciados, comparten algunas temáticas afines que posibilitan discutirlos y complementarlos. Particularmente en esta oportunidad proponemos revisar conceptualmente las implicancias del *individualismo* y el *holismo metodológicos*, en cuanto enfoques alternativos para el conocimiento de lo social, para finalmente ahondar en un caso paradigmático de las ciencias económicas, que tuvo lugar a fines del siglo XIX, en el que se condensaron ambas posiciones, la conocida Controversia o Batalla del Método (*Methodenstreit*) entre Gustav von Schmoller, de la Escuela Histórica Alemana, y Carl Menger, de la Escuela Austríaca de economía.

Las ciencias económicas, en función de su pertenencia al campo de las ciencias sociales, nos invitan a problematizar algunos aspectos históricamente debatidos desde las epistemologías. De acuerdo a Díaz (1997), estas controversias se pueden sintetizar en principios metodológicos antitéticos –individualismo y holismo metodológicos–, posiciones en relación al conocimiento en sí mismo –realismo e idealismo– y, finalmente, aquellos fundamentos teóricos opuestos –racionalismo y perspectivismo–. De todos ellos, esta presentación atenderá a los primeros.

Tales disposiciones se establecen en un escenario de redefinición de las ciencias y establecimientos disciplinares, donde numerosos referentes teóricos abrevan por “marcar límites e incumbencias”, fuertemente direccionadas a repensar el campo de las ciencias sociales en general y definir un espacio propio. Así es que buena parte de las tensiones (en relación al método, al conocimiento y fundamentos teóricos) se dan al calor de un común denominador: las pujas por límites y diferenciación de las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales.

Popper (1973) anuncia un principio de *individualismo metodológico* para las ciencias sociales, asumiendo que la tarea de la ciencia social es analizar, en términos descriptivos, los “modelos sociológicos”, en función de las actitudes, expectativas y relaciones de los individuos. Esta perspectiva, que se remite a una forma de análisis económico-social, se solventa siempre en el comportamiento de los individuos, siendo estos los responsables y creadores de las instituciones sociales. En suma, “los fenómenos colectivos son abstracciones derivadas de las decisiones de esos mismos individuos” (Díaz, 1997, p.182), por lo que la tarea de las ciencias sociales consiste en dirimir, a partir de estudios a escala individual, fenómenos a gran escala.

En tanto que, desde el *holismo metodológico* sostienen que los macrofenómenos sociales no pueden ser explicados por la simple sumatoria de observaciones individuales. Ocuparse de lo social significa adentrarse en las complejas tramas y redes de relaciones que se tejen en toda urdimbre social. Siguiendo esta lógica, la totalidad actuando no puede reducirse a las subjetividades en términos acumulativos, ya que la comprensión del significado de las acciones humanas está directamente vinculada a la comprensión de sus normas –provenientes de lo social– y es necesario atender la complejidad que éstas implican.

Como plantea Naishtat (1998), “si lo social se dirime en términos de acciones intencionales, o si existen en cambio totalidades más profundas (estructuras, clases sociales, sistemas, conciencias colectivas, tendencias históricas) que lo resuelven, es una disputa congénita a la ciencia social misma” (p.11). Resulta necesario atender el recorrido de las corrientes económicas en tales opciones, pues cabe preguntarse si el individualismo, dominante en la disciplina hace más de un siglo, no excluye proposiciones macro que no pueden ser reducidas a lo micro. Se presenta congruente con estos fines, entonces, visitar la *Methodenstreit*, por haber acogido en su núcleo de disputa ambas concepciones opuestas, las cuales se conjugaron con argumentos más amplios en cuanto al mejor método para el estudio de lo económico.

Concretamente, los debates que empezaron a delinear las opciones individualistas y holistas en el campo de la Economía tuvieron lugar a mediados del siglo XIX, ante los ataques que la escuela clásica venía sufriendo desde diversos frentes. Aún antes de que surja el análisis marginal aplicado a la teoría del valor y la distribución, la teoría clásica ortodoxa estaba siendo criticada por algunos autores alemanes no socialistas. Aunque existían ciertas diferencias notables entre ellos, tenían suficientes elementos en común para denominarlos colectivamente Escuela historicista alemana. Comenzó a influir en Alemania durante la década de 1840 y prosiguió hasta entrado el siglo XX. Muchos historiadores del pensamiento económico la dividen en la vieja escuela histórica, menos radical en sus opiniones, y la joven escuela histórica, mucho más radical e intransigente.

Las críticas a la teoría clásica ortodoxa y la defensa del llamado método histórico también aparecieron en Inglaterra en la década de 1870, independientemente de la corriente alemana. Aunque la variante alemana es anterior en origen y en su época ejerció una influencia mayor y

más duradera, el impacto de los historiadores económicos británicos también se dejó sentir, de distinta manera y en menor medida. Sin embargo, estos defensores ingleses del método histórico no constituyen un grupo unido, por lo que no se puede hablar propiamente de una escuela histórica inglesa.

De cualquier manera, el enfoque inductivo histórico no estaba tan alejado de la tradición del pensamiento económico inglés. La obra de Smith era una mezcla de datos históricos y descriptivos unidos por una estructura teórica. En cambio, Ricardo supuso un giro en la metodología de la Economía, al construir modelos deductivos abstractos carentes casi por completo de contenido histórico o institucional. Por su parte, Senior defendió y extendió el uso ricardiano del razonamiento deductivo. No obstante, John Stuart Mill y Alfred Marshall volvieron a la metodología de Smith para dar contenido a sus estructuras teóricas.

El principal defensor inglés del método histórico fue T. E. Cliffe Leslie (1827-1882), quien dirigió sus críticas a la metodología económica clásica, principalmente contra Ricardo y sus seguidores. Sostenía que la teoría económica de Smith no era aplicable a la situación inglesa contemporánea, pero era sólida, ya que se basaba en datos históricos para llegar a sus conclusiones (Landreth y Colander, 2006). Un precursor en este sentido también fue el británico Richard Jones, cuyas críticas a la economía ricardiana, tanto por su carácter deductivo como por sus pretensiones de universalidad, habían ganado cierta popularidad hacia 1840. Sin embargo, como señalan Marchante Mera y Colomer Real (1994), las condiciones sociales, intelectuales e institucionales para un ataque integral aún no habían emergido, por lo que estas críticas tuvieron escasa influencia sobre la economía clásica de la época.

La importancia del movimiento historicista, principalmente el alemán, radica no sólo en sus aportes, sobre todo metodológicos, sino también en la influencia que ejercieron sobre algunos economistas neoclásicos, especialmente Alfred Marshall. Los alemanes también incidieron en la teoría y política económica de Estados Unidos, debido a que muchos economistas de ese país cursaban estudios superiores en Alemania, consolidando de esta forma el institucionalismo americano del siglo XX.

Tanto historicistas como institucionalistas partían de una postura radicalmente crítica de la corriente principal de la Economía, habiendo sido su propósito principal plantear cambios metodológicos de importancia frente a la ortodoxia de cada momento. Es decir, reaccionaron frente a un método, o forma de investigar la realidad económica, que consideraban insatisfactorio, planteando una alternativa completamente nueva, la construcción de la ciencia económica desde cero. Pese a haber fracasado en tan ambicioso intento, al criticar algunos supuestos y procedimientos de la teoría, sacaron a la luz cuestiones metodológicas importantes, que aún hoy son objeto de debate.

Ya la vieja escuela histórica alemana había apuntado que la teoría económica clásica no era válida para todas las épocas y culturas, argumentando que las conclusiones de Smith, Ricardo y Mill, aunque probablemente válidas para Inglaterra, no eran útiles para la Alemania agrícola de la época. En consecuencia, la economía, en particular, y las ciencias sociales, en general, debían utilizar una metodología basada en la historia y la evidencia empírica, como las estadísticas, en lugar de recurrir a la abstracción como punto de partida (Landreth y Colander, 2006). La nueva escuela histórica alemana, con Gustav von Schmoller (1838-1917) como referente, profundizó y sistematizó tanto los puntos de vista propios del historicismo como las críticas a las posiciones dominantes en Francia, Gran Bretaña y Austria. El carácter abstracto y deductivo que adquirió la naciente Escuela Austríaca, con las publicaciones de Carl Menger, su máximo exponente, era incompatible con la propuesta historicista, lo cual la convirtió en el blanco de las críticas schmollerianas. Sobre estas contradicciones se alzaría, como sintetiza Huerta de Soto (1997), la primera y quizá más famosa polémica en la que se han visto implicados los austriacos, que ocupó las energías intelectuales de Menger durante varias décadas.

En lo relativo al individualismo y al holismo, la Escuela Austríaca consideraba que todos los fenómenos económicos debían explicarse científicamente a partir de leyes relacionadas con las acciones de personas individuales, es decir, se oponía al concepto de organismo integrado y holístico de Schmoller. El historicismo, que entiende el avance del conocimiento económico como fruto de estudios empíricos e históricos rigurosos, se inclina por el holismo metodológico (aun cuando en aquel momento no se hablara en esos términos), ya que desarrolla sus análisis a partir de entidades globales, que marcan el contexto específico en el que tienen lugar las conductas individuales. Se referían al condicionamiento histórico, cultural, institucional, razonando de manera inversa al individualismo metodológico. Mientras que los austriacos parten de “Robinson Crusoe”, los alemanes enfatizan el hecho de que los individuos nacen, se educan y viven en un entorno en el cual se socializan compartiendo cultura, patrones mentales, instituciones y valores, por lo que su mirada está en las antípodas de la sustentada por los primeros.

Si bien en el largo plazo podremos reconocer que una de las dos posiciones prevaleció en términos académicos, repensar los argumentos de la controversia ayudará a echar luz sobre debates que aún encuentran plena vigencia.

La cuestión metodológica

El historicismo del siglo XIX fue una crítica al método de investigación deductivo que consagró la economía clásica, del que luego se apropiarían los marginalistas en 1870.

Tuvo dos variantes, la alemana y la británica. La orientación alemana es anterior en origen y ejerció una influencia mayor y más duradera. Si bien sus bases filosóficas de partida eran

diferentes, no se trató de dos corrientes totalmente desconectadas, pues tienen en común la crítica metodológica a:

- La pretensión ricardiana de descubrir – por lógica deductiva – las leyes universales e inmutables que regulan el comportamiento individual y el funcionamiento del sistema económico. Los historicistas rechazaban radicalmente la existencia de leyes absolutas y perpetuamente válidas, entendiendo que podían darse regularidades económicas acotadas en tiempo y espacio, dados los entornos constantemente cambiantes que operan junto con la evolución histórica. Es decir, no existen leyes universales, su validez es relativa y depende de las condiciones históricas, geográficas, institucionales y culturales (entre otras dimensiones) en las que ellas actúan.
- La idea de que fuera posible una ciencia económica autónoma y del tipo de las ciencias naturales. Entendían que la realidad social es muy compleja, donde actúan una multitud de factores (culturales, psicológicos, sociológicos, económicos, etc.). Por lo tanto, los análisis deben ser globales y se deben destacar las múltiples interdependencias. Es decir, lo económico era solo una de las muchas dimensiones de la acción social.
- El individualismo metodológico y la idea del *homo economicus*. Rechazaban que el punto de partida para estudiar el comportamiento social sea el propio interés individual de los agentes individuales. Asimismo eran hostiles a toda forma de utilitarismo y no aceptaban reducir las decisiones de los individuos a un cálculo racional que persigue la máxima satisfacción personal. Frente a ello afirmaban una visión holista, donde los agentes actuaban por fines diversos y complejos irreducibles.

El historicismo alemán³⁰

En el siglo XIX, y con el mismo ambiente intelectual de fondo, se originaron en Alemania dos críticas diferentes a la corriente principal de la economía: una fue la de Marx, y la otra, de carácter más suave, fue la del movimiento historicista.

El paradigma clásico de economía no llegó a arraigar del todo en la Europa continental, quizás debido a una herencia filosófica y política diferente a la de Gran Bretaña, especialmente en el caso alemán. El ambiente intelectual que se vivía en los estados alemanes (que recién se estaban

³⁰ Esta sección se basa en Perdices de Blas (2004).

conformando como una nación unificada) a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX era especialmente particular. Por un lado estaba la influencia del idealismo filosófico, con pensadores como Dilthey preocupados por encontrar un status teórico y metodológico propio de las ciencias de la historia. También se encontraban los aportes de Hegel, quien consideraba que la clave para la comprensión de la sociedad y los cambios sociales estaba en la historia. Además, la filosofía alemana había insistido desde siempre con una aproximación orgánica en vez de una individualista a los problemas filosóficos y sociales.

Por otro lado, destacaba el importante peso del movimiento romántico alemán, cuyas reflexiones económicas eran de carácter antiliberal y muy críticas con el nuevo orden económico capitalista. Asimismo mantenían una postura anti-racionalista y destacaban la especificidad histórica y geográfica de las instituciones de cada país. Por último, no hay que olvidar la influencia que ejercieron las ideas de Comte sobre los estadíos históricos y la importancia de los estudios empíricos.

En síntesis, el historicismo económico en Alemania fue solo una manifestación más de un amplio movimiento de carácter general que enfatizaba la importancia de lo propio, lo específico.

La vieja (o antigua) escuela histórica

Los autores de la vieja escuela histórica sostenían que la teoría económica clásica no era válida para todas las épocas y culturas. Las conclusiones de los economistas clásicos británicos, aunque podían ser válidas para una economía en vías de industrialización como la de Inglaterra, no lo eran para la Alemania agrícola de principios de siglo XIX. Como sintetizan Marchante Mera y Colomer Real (1994), Alemania era por entonces un país subdesarrollado, tanto económica como políticamente. Más del ochenta por ciento de su población trabajaba en el mundo rural y la revolución industrial apenas había comenzado.

En el análisis económico de estos autores había notables sentimientos nacionalistas, especialmente en el caso de Friedrich List (1789-1846). Él se negó a admitir que las conclusiones sobre el *laissez-faire* eran aplicables a países menos industrializados que Inglaterra y rechazó la idea de que el interés personal conduce al bienestar nacional. Sostenía, en cambio, que la intervención del Estado era necesaria, sobre todo para el establecimiento de aranceles y la protección en el comercio internacional. En efecto, entendía que el libre comercio era beneficioso para Inglaterra, dado el estado avanzado de su industria, pero no así para Alemania y Estados Unidos.

List pasó cinco años en Estados Unidos, entre 1825 y 1830. Sus ideas proteccionistas tuvieron una acogida tan fuerte en ese país que suele considerársele como el padre del proteccionismo estadounidense.

Aproximadamente hacia 1842, Wilhelm Roscher (1817-1894) comienza sus investigaciones históricas, inaugurando una tradición intelectual que duraría casi cien años. Este autor, estudiante de jurisprudencia, historia y filosofía y luego profesor de la Universidad de Leipzig desde 1848, es la figura más destacada de la vieja escuela. Su obra fundamental, publicada en 1854, es Sistema de Economía Política, en la que demostró un profundo conocimiento de la economía clásica.

Roscher pretendía complementar y completar la economía ricardiana, sin abandonarla totalmente. Entendía que la abstracción y la simplificación en la construcción de modelos sobre la realidad debían aceptarse como una etapa indispensable en los trabajos preparatorios de los economistas, pero los estudios no debían quedarse ahí. Creyó encontrar la solución mirando al pasado histórico, es decir, describiendo detalladamente los distintos aspectos económicos, legales, políticos, culturales, etc., de la evolución de un país y mostrando sus interdependencias. A partir de allí, y con la veracidad que sólo una orientación empírica podría proporcionar, cabría descubrir ciertas regularidades o leyes, aunque nunca sería posible llegar a conocer el significado último y el fin de la historia.

A pesar de sus amplios aportes sobre el nuevo método de la economía, su tratamiento teórico sobre temas tales como los salarios, el valor o el dinero se mantuvo en línea con la teoría económica clásica, principalmente asimilable a los aportes de J. S. Mill. Simplemente añadió un vasto material histórico-estadístico que cumplió un fin aclaratorio, confirmando o cuestionando el contenido teórico. Su único intento de ir más allá consistió en la formulación de una débil hipótesis acerca del carácter cíclico de los cambios históricos, según la cual, las naciones y sus economías pasarían sucesivamente por períodos de juventud, madurez y decadencia. En suma, Roscher no consiguió reorientar el método de la economía, aunque sus advertencias sobre los peligros que puede conllevar el método abstracto siguen vigentes.

List también intentó hallar las leyes que gobiernan las fases del crecimiento y el desarrollo económico. Según él, las economías de la zona templada pasarían por cinco fases: vida nómada, vida pastoril, agricultura, agricultura e industria manufacturera, e industria manufacturera, agricultura y comercio.

En este mismo sentido, según Bruno Hildebrand (1812-1878), la clave para comprender las fases del crecimiento económico había de buscarse en las condiciones de intercambio. Por ello postuló tres fases económicas, basadas en el trueque, el dinero y el crédito. Nuevamente, estas descripciones del crecimiento por etapas contienen una cierta cantidad de teoría y son muy abstractas, a pesar de que su promulgador haya reunido abundante información histórica y estadística para apoyar sus análisis del desarrollo económico.

Hildebrand, al igual que su discípulo Karl Knies (1821-1898), empezaron siendo, como Roscher, estudiantes de historia. También como él alcanzaron importantes posiciones académicas, aunque

sufrieron numerosas vicisitudes derivadas de sus creencias políticas. Si bien los dos llevaron su crítica a la economía clásica mucho más allá que Roscher, basta para ambos lo dicho sobre las características generales del historicismo.

La joven (nueva o moderna) escuela histórica

En el último cuarto del siglo XIX, el movimiento historicista alemán tomó un nuevo impulso de la mano de su líder, Gustav Schmoller (1838-1917). Los jóvenes historicistas profundizaron y sistematizaron tanto los puntos de vista propios del historicismo como las críticas a las posiciones dominantes en Francia, Gran Bretaña y Austria.

La diferencia básica entre las dos versiones del historicismo alemán reside en que la segunda mostró una postura metodológica más radical en cuanto a sus exigencias respecto a la recopilación de hechos concretos y material histórico. Pero esto no equivaldría a una negación total de la lógica deductiva; es más, ni siquiera se rechazaba la tarea teórica en sí, simplemente se pensaba que el tiempo para el trabajo teórico no había llegado todavía. Por ello se sostiene que fue menos ambiciosa que la antigua escuela, conformándose con escribir trabajos sobre algunos aspectos de la economía y la sociedad en lugar de formular grandes teorías de las fases del desarrollo económico. En este empeño utilizaron métodos inductivos, sosteniendo que, una vez reunida suficiente evidencia empírica, podrían surgir teorías.

Gustav Schmoller dominó la economía académica alemana durante el último cuarto del siglo XIX, especialmente desde que accedió a la cátedra de Berlín. Su apoyo era casi imprescindible para la obtención de un puesto universitario en Alemania, por lo que se convirtió en el economista de la Alemania imperial que nació en 1871.

Schmoller se entregó a la reflexión metodológica con gran intensidad a lo largo de su vida, dedicando al tema numerosos escritos. Su propósito era fundamentar una nueva forma de hacer Economía que a su vez permitiera desarrollar una nueva doctrina de la economía política, pues consideraba que los economistas habían tendido a convertirse en pretenciosos especuladores abstractos, de un racionalismo lógico totalmente desligado a la realidad. Para él, el método axiomático-deductivo sólo sería apropiado en una fase futura del pensamiento económico, después de un largo período dedicado a la observación de los hechos y a la recogida de datos concretos sobre el mundo socioeconómico. En definitiva, para Schmoller, la historia y el estudio empírico y, por consiguiente, la inducción, estaban en el origen de todo conocimiento científico, aunque la deducción debía desempeñar un papel importante a posteriori en el desarrollo del mismo.

Esta corriente señaló que el sujeto y el objeto del conocimiento económico tienen un carácter histórico, es decir, no son realidades naturales dadas sino productos históricos en evolución,

cambiantes en el tiempo. Por lo tanto, no tiene sentido hablar de leyes con validez universal o de abstracciones del tipo *homo economicus*.

En segundo lugar, apuntaron que los hechos económicos son complejos, ya que tienen conexiones con realidades naturales, biológicas, técnicas, psicológicas, morales, políticas y sociales. La expresión de esta complejidad es de carácter material: son las instituciones, las organizaciones, las acciones y relaciones plurales que las personas mantienen entre sí y con el mundo exterior. En este sentido es que sostienen que la economía debe explicar estos hechos como una realidad articulada, convirtiéndose en una ciencia articulada, que integre tanto los saberes de la naturaleza como los del espíritu.

Schmoller tampoco creía que en economía se pudiera hablar de leyes causales en el sentido de relaciones deterministas, exactas y sin excepciones. Entendía que tales leyes son propias de las ciencias naturales, pero no de la Economía, aquella ciencia que trabaja con fenómenos muy complejos donde lo cualitativo y los factores psicológicos tienen un peso importante. En esta disciplina, según el autor, cabría hablar más bien de generalizaciones empíricas o tendencias establecidas a través del método histórico comparado. La imposibilidad de experimentación podría suplirse mediante la comparación de fenómenos semejantes a lo largo de la historia, lo que permitiría conocer y ordenar posibles factores causales y la probabilidad de ocurrencia. De esta manera sería posible establecer ciertas regularidades económicas, cuyas causas exactas nunca llegaríamos a conocer, pero que – mediante la observación y la comparación, apoyadas en procedimientos estadísticos – podría preverse que se repetirían en el futuro.

Por último, Schmoller no compartía la contraposición entre economía normativa y positiva. Como creía en la existencia de valores éticos con los que debe contar la ciencia, dejarlos por fuera de la Economía sería renunciar a problemas y campos de investigación relevantes. La objetividad debía buscarse por medio del debate y la discusión pública.

A partir de tan rica postura metodológica se esperaba con grandes expectativas su obra de Economía. Sin embargo, la publicación entre 1900 y 1904 de los dos tomos de su *Esbozo de economía política general* mostró un trabajo bastante convencional, con la única diferencia de la gran amplitud con que se trataba el material estadístico e histórico. Tanto este como el trabajo de sus seguidores tendieron a caer en la monografía puramente descriptiva sin el menor interés analítico, fracasando en el intento de crear una nueva forma de hacer teoría económica.

La enorme influencia de Schmoller aisló a los economistas alemanes del resto del mundo académico durante más de medio siglo. Así, los nuevos impulsos de la teoría marginal de Jevons, Walras, y Menger no llegaron a Alemania sino hasta las décadas de 1920 y 1930. Así, la falta de un instrumental analítico probablemente dejó a los economistas alemanes sin criterio fundamentado

frente a la expansión de los cartels, la reorientación proteccionista dada por Bismarck a la política comercial alemana en 1879 o la hiperinflación que siguió a la Gran Guerra.

La escuela austríaca de Carl Menger

La escuela austríaca de economía, también conocida como escuela de Viena o escuela marginalista, tiene su origen en la obra del economista vienés Carl Menger. En 1871 publicó su obra fundamental, *Principios de economía política*, que aunque versaba principalmente sobre las condiciones generales que favorecen la actividad económica, desarrollaba también la que se ha considerado su aportación más importante y original. A partir de la resolución de la teoría del valor, que durante tanto tiempo había ocupado a los grandes economistas clásicos, provocaría una transformación tal de la ciencia económica que algunos la han calificado como una verdadera revolución, la *revolución marginal*³¹.

Probablemente, el rasgo más sobresaliente y conocido de dicha escuela sea su apuesta por el subjetivismo, visión que no era en absoluto ajena al ambiente de la Viena de fin de siglo en el que fraguaron las principales ideas de esta corriente de pensamiento. Como ha recordado el propio Ludwig von Mises, existía por entonces en la capital del Imperio Austro-Húngaro un gran interés por los problemas económicos dentro de una atmósfera intelectual muy influida por la filosofía kantiana, que considera que, en gran parte, los fenómenos del mundo que nos rodea son creaciones de la mente humana.

En este marco, al subjetivismo se sumaba un gran interés por las cuestiones psicológicas. Por ello no es de extrañar que otro nombre con el que algunos aluden a esta misma escuela sea el de *escuela psicológica* y que la *teoría subjetiva del valor* de la que sus representantes son, en parte, responsables, se cite a menudo como la *teoría psicológica del valor*.

Admitir este subjetivismo como base de toda la doctrina de esta escuela supone mirar el mundo desde la perspectiva del actor, de modo que lo que la gente considera que son sus fines, los medios que estima que le son necesarios para conseguirlos, los costes y los beneficios de las diferentes opciones posibles, sólo adquieren sentido y pueden ser explicados desde el punto de vista del individuo. De este modo, la descripción física de un bien no explica por sí sola su precio. La utilidad concreta que tienen los bienes para los propósitos humanos es lo que explica el precio y, en última instancia, el carácter subjetivo de la teoría económica. Lo verdaderamente importante es la posición del objeto dentro de la estructura compleja de medios y fines de cada uno de los individuos, por lo que el valor tiene que ver, desde esta perspectiva, más con la distribución de bienes escasos entre usos alternativos y en competencia entre sí que con cualquier otra cosa.

³¹ La teoría subjetiva del valor, basada en el principio de la utilidad marginal decreciente, fue desarrollada independientemente, pero de forma prácticamente simultánea, por el economista inglés William Stanley Jevons (que, a su vez, reconoció las aportaciones previas del alemán Gossen) y por el francés León Walras.

La naturaleza subjetiva de la acción humana hace que necesariamente ésta no pueda ser más que una acción de carácter individual. El subjetivismo austríaco va así unido a un tipo de análisis basado en lo que se ha dado en llamar individualismo metodológico que, con antecedentes en la obra del propio Adam Smith, es otro de los rasgos fundamentales de la escuela.

Es decir, el centro del estudio de los fenómenos sociales y, en concreto, de los económicos, es el individuo. Todas las explicaciones de los hechos sociales deben basarse en los planes y decisiones de los individuos, porque los fenómenos económicos son el resultado de su conducta y, por eso, no se puede entender el proceso económico sin analizar sus elementos básicos, que son las acciones individuales. Igualmente, los conceptos colectivos como Estado, Nación, mercado, no son realidades distintas de las acciones de los individuos que las componen. De ahí el recelo de los miembros de esta escuela frente a aquellos modelos en los que los agregados se mueven, cambian, influyen unos en otros de acuerdo con unas leyes que nada tienen que ver con las decisiones individuales.

La escuela austríaca también defendía el dualismo económico, es decir, sostenía que había diferencias irreconciliables entre las ciencias naturales y las sociales y que, por lo tanto, debía utilizarse un método diferente para cada una de ellas. Veían que los fenómenos económicos eran tan variables y complejos que no permitían el tipo de análisis experimental que puede usarse en otras ciencias (aunque hoy podemos sumar otros argumentos a favor de la distinción de los métodos entre ambas áreas). Por eso la economía debía ser construida sobre la base de razonamientos lógico-deductivos a partir de unos pocos axiomas fundamentales, pues como creía Menger: “los esfuerzos hasta ahora emprendidos por trasladar acriticamente las peculiaridades del método de las ciencias naturales a la investigación de las teorías de la economía política han desembocado en graves errores metodológicos” (en Perdices de Blas, 2004, p. 339).

Según los austríacos, los principios de la economía se descubren mediante un proceso de deducción a partir de principios evidentes por sí mismos. Por ejemplo, la consideración de los seres humanos como seres que buscan metas, la existencia de la diversidad de gustos y valores de los individuos, la ordenación en escalas de las diferentes preferencias individuales, la escasez de los medios en relación a los fines, entre otros.

Como puede observarse, este método reduce la importancia de la contrastación empírica de las teorías o, al menos, se muestra escéptico respecto a la experimentación y las pruebas empíricas de los teoremas económicos. Todo ello va unido a cierta hostilidad a la investigación cuantitativa que les hace sospechar de todo intento de aplicar procedimientos de medición. Creen que el lenguaje verbal tiene, frente al lenguaje matemático, la ventaja de captar mejor las esencias de los fenómenos económicos, puesto que en la realidad no existen regularidades, relaciones constantes entre las diferentes variables o situaciones de equilibrio; la realidad de los mercados es siempre

cambiante, no es estática ni estacionaria. Además, los valores y propósitos de los individuos no pueden medirse, compararse, ni ser objeto de expresión numérica.

De la batalla de los métodos y otras críticas al movimiento historicista

En la época de máximo apogeo del historicismo, la visión metodológica de la escuela de Schmoller fue criticada con dureza por el economista austríaco Carl Menger, en un libro titulado *Investigaciones sobre el método de las ciencias sociales, con especial referencia a la economía política* (1883). Siendo Menger uno de los padres del marginalismo, defendía para la Economía un método deductivo y abstracto, la posibilidad de una ciencia pura libre de juicios de valor y la pertinencia del individualismo metodológico. De igual manera, el economista austríaco afirmaba que existían categorías económicas universales y que, por lo tanto, la teoría económica era válida en todo tiempo y lugar para entender cualesquiera fenómenos económicos.

En cambio, Schmoller y sus discípulos desconfiaban de toda tentativa de análisis teórico (que consideraban desacreditado debido, en parte, a la decadencia de la escuela clásica), y creían que debían dedicarse al estudio de los hechos económicos concretos. Estaban convencidos de que era necesario comprender cada problema económico en su contexto histórico particular y que la teoría económica tenía siempre un valor muy relativo. Resultaba claro, entonces, que las teorías económicas eran provisionales y condicionales y que cada época contaba con sus propias leyes. Dicho de otro modo, las categorías económicas son categorías históricamente limitadas, por lo que las leyes económicas nunca podrían captar lo único e irrepetible. A partir del estudio de la historia económica se podría llegar, inductivamente, a series de sucesos, relaciones y causas.

Pero el libro de 1883 de Menger, si bien contenía argumentos de amplio significado general, fue una crítica abierta a las proposiciones metodológicas de la joven escuela histórica alemana. Feijó (2001) identifica cinco temas principales que dieron contenido a la disputa: la naturaleza y el origen de las instituciones sociales, el método por el cual deben estudiarse, la naturaleza y los propósitos de la ciencia económica, las conclusiones políticas de la investigación en este dominio y el papel de la escuela histórica en la política económica alemana.

Bajo estas premisas, Schmoller respondió a la postura de Menger desde su propia revista, *Jahrbuch für Gesetzgebung*, con un comentario muy desfavorable al libro de este. Menger, a su vez, replicó con gran contundencia en un panfleto titulado *Los errores del historicismo en la economía política alemana* (1884). Duranti (2008) sostiene que, a pesar del tono incisivamente burlón e irónico para discutir contra un adversario al no considera idóneo en cuestiones de economía teórica, la obra de Menger, escrita en formato de 16 cartas a un amigo, consigue responder eficazmente a las críticas que la Escuela Histórica destina a la economía teórica por abstracta. A ello, Schmoller dio la correspondiente contrarréplica en un tono de similar dureza.

A partir de aquí, y alrededor de esta disputa metodológica, se generó durante las siguientes décadas una enemistad intelectual entre los partidarios de ambas posturas, dando lugar a un debate conocido como *Methodentreit* o *batalla de los métodos*, el que ha marcado la historia del pensamiento económico. Aunque la extensa literatura que se produjo a propósito de esta disputa se desarrolló en lengua alemana, el objeto de discusión alcanzó a los diversos países donde prevalecían los representantes de la escuela clásica y los de la nueva orientación marginalista.

Lo que estaba en disputa era no tanto la posibilidad, sino el modo y el grado en que las generalizaciones teóricas eran posibles en Economía. Además, como en tantas otras disputas, las diferencias entre Menger y Schmoller eran más que metodológicas (Marchante Mera y Colomer Real, 1994). La controversia del método estaba directamente relacionada con la controversia germano-austriaca que no solo se refería a una discusión metodológica sino que también involucraba motivaciones filosóficas y políticas. De hecho, y como ya señalamos previamente, subyacían dos concepciones filosóficas muy distintas: la individualista de Menger y la historicista de Schmoller.

Al respecto, Schumpeter tiende a difuminar las diferencias entre Menger y Schmoller con la apreciación de que el primero admitió la importancia de la historia y el segundo la de la teoría. En cambio, a menudo se ha tendido a ridiculizar a Schmoller, presentándolo, sin matices, como un enemigo a ultranza de todo análisis teórico y reduciendo la controversia a la simple confrontación entre deducción racionalista e inducción histórica, contraponiendo incluso de forma excluyente teoría e historia.

De todos modos, esta disputa sobre el método terminó por no resolver nada —en cuanto a su impacto posterior sobre la Economía—; sin embargo, podemos concluir que Menger y los austríacos resultaron victoriosos en el largo plazo, pues aún pervive de manera dominante el método abstracto y deductivo en la disciplina. Pese a ello, en el corto plazo, los historicistas retuvieron su control de la academia alemana y lograron extender su influencia a Estados Unidos, a través de Richard Delhi, Edwin Seliman y los primeros institucionalistas americanos, como ya habíamos anticipado.

Los miembros de la nueva escuela histórica defendieron una política social que pretendía mejorar las condiciones de la clase trabajadora, como antídoto al liberalismo pero también como opción al socialismo en ascenso. Al respecto, cabe destacar el contexto histórico de la época: Alemania surge como Estado unificado en 1871, tras la victoria en el campo de batalla contra Francia. En este proceso el Estado prusiano desempeñó un papel importante y su administración eficiente y disciplinada pudo contribuir a crear una imagen del potencial ilimitado de la actuación estatal. Así, estos intelectuales crearon una asociación para la política social con el objeto de dar expresión a sus ideas políticas. Apoyaron un papel destacado del Estado en la vida económica y social, aunque sin bases teóricas, y defendieron diversas medidas de tipo redistributivo. Pretendían asegurar la

lealtad a la corona por parte de la clase trabajadora, apropiándose de algunos rasgos del programa socialista, por lo que fueron conocidos irónicamente como *socialistas de escritorio o de Cátedra*.

A veces se ha querido ver a Max Weber (1864-1920), sucesor de Knies, y a Werner Sombart (1863-1941) como continuadores ilustres de la escuela histórica alemana de economía, lo cual refutaría la acusación de esterilidad que pesa sobre ella. Sin embargo, esta afirmación es difícilmente sostenible. Es cierto que ambos se movieron en la órbita historicista pero sus trabajos no son de economía sino que pertenecen plenamente al ámbito de la sociología y la historia económica. Por otra parte, sus formas de investigación se distancian en muchos aspectos de los cánones schmollerianos: Sombart estuvo siempre influido por sus concepciones marxistas, a las que Schmoller rechazaba radicalmente, en tanto que Weber defendió la posibilidad de una ciencia social libre de juicios de valor y utilizó la noción de *tipo ideal*, en el mismo sentido que en Economía se recurre a abstracciones como *homo economicus*, artilugio al que ya dijimos que Schmoller se oponía rotundamente.

Aunque el impacto de la escuela histórica alemana sobre las ciencias sociales en general ha sido amplio, en Economía está eventualmente ausente. Pese a ello, algunos rastros de sus ideas pueden localizarse en algunas teorías del dinero, los estadios del desarrollo económico y en la teoría de la localización industrial, más aún en la teoría continental europea y en la heterodoxia norteamericana. De igual manera, a pesar de la enorme cantidad de material generado por los historicistas, en el cuerpo general del conocimiento económico solo ha quedado la ley empírica sobre la composición de los gastos del consumidor según niveles de renta, establecida por Ernest Engels (1821-1896). Entre los economistas seguidores de Schmoller únicamente los trabajos de Arthur Spiethoff (1873-1957) sobre el ciclo económico alcanzaron cierto renombre internacional en su momento.

Debido a este escaso impacto de largo plazo de la escuela histórica alemana y a que sus aportes fueron en buena medida desestimados o ignorados por lo que en economía se conoce como la *mainstream* (corriente principal), desde las cátedras de Metodología de la Investigación e Historia del Pensamiento Económico encontramos en la *Methodentreit* o *batalla de los métodos* un debate de interés académico tanto por su contenido como por las posturas opuestas en él y entendemos que vale la pena que esta controversia sea revisitada por los estudiantes, poniendo en diálogo cuestiones metodológicas e históricas, pero también de índole filosófica e institucional, que aportan a su formación profesional y académica.

Referencias Bibliográficas

DÍAZ, E. (1997). *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Biblos.

DURANTI, M. (2008). Reseña: "El Método de las Ciencias Sociales de Carl Menger". En *Filosofía*, 3 (1), 115-120.

- FEIJÓ, R. (2001). *Historia del Pensamiento Económico*. San Pablo: Atlas.
- HUERTA DE SOTO, J. (1997). "La Escuela Austriaca moderna frente a la Escuela Neoclásica". En *Revista de Economía Aplicada*, 15 (5), pp. 113-133.
- LANDRETH, H., Y COLANDER, D. (2006). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Mc Graw Hill.
- MARCHANTE MERA, A., Y COLOMER REAL, L. (1994). "Aspectos actuales de la concepción de la economía en la obra de los historicistas: una síntesis de aportaciones recientes". En *Cuadernos*, 27, 11-24.
- NAISHTAT, F. (1998). "Introducción". En Naishtat, F. (comp.) *Max Weber y la cuestión del individualismo metodológico en las ciencias sociales*. Buenos Aires: EUDEBA.
- PERDICES DE BLAS, L. (Ed.). (2004). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Editorial Síntesis.
- POPPER, K. (1973). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza.